

Mauro Cerbino
coordinador

Volumen I
Más allá de las pandillas:
violencias, juventudes y resistencias
en el mundo globalizado



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Inclusión Económica

y Social - MIES

Edificio Matriz, Robles No.850 y Páez

Quito Ecuador

Telf.: (593-2) 398 3000

www.mies.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-296-9

Cuidado de la edición: Santiago Rubio Casanova

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2011

1ª. edición: septiembre de 2011

Índice

Presentación	7
Introducción	
Desencajamiento y crítica del conocimiento sobre jóvenes	9
<i>Mauro Cerbino (Coord.)</i>	
Anatomising Gang Talk	25
<i>Simon Hallsworth</i>	
Jóvenes víctimas de violencias y pandillas, claves de intelección para una aproximación crítica	47
<i>Mauro Cerbino</i>	
Identificaciones de guerra. Rituales de hermandad entre jóvenes delincuentes en la Argentina contemporánea	73
<i>Alejandro Isla</i>	
De las pandillas a la cárcel: vivencias de la detención	93
<i>Cristina Oddone y Luca Queirolo Palmas</i>	
The different faces of Russian street gangs	121
<i>Svetlana Stephenson</i>	
‘Cocaine Queens?’: the transnational transfer of anti-feminist backlash	153
<i>Jennifer Fleetwood</i>	

Las normas del crimen y los jóvenes de San Pablo (portugués)	177
<i>Marisa Feffermann</i>	
Glocalidades, deseos legítimos e ilegítimos: el gran Torino y la Virgen de los Sicarios	197
<i>José Antonio Figueroa</i>	
La Mara como ejercicio de contrapoder	211
<i>Hugo César Moreno Hernández</i>	
El éxito de las pandillas. El fracaso del periodismo	235
<i>José Luis Sanz</i>	

Contenido del DVD

Conferencias magistrales de:

- Teresa Caldeira, Universidad de Berkeley, California, USA.
- Jeff Ferrell, University of Texas at Austin, USA.
- José Manuel Valenzuela, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México

Glocalidades, deseos legítimos e ilegítimos: el gran Torino y la Virgen de los Sicarios

José Antonio Figueroa*

Introducción

En este trabajo propongo una exploración crítica sobre las representaciones estereotipadas del deseo de los jóvenes socialmente marginalizados a partir de dos películas: el Gran Torino, dirigida por Clint Estwood y La virgen de los sicarios, dirigida por Barbet Schroeder y de la novela de Fernando Vallejo que dio origen a esta última película. Quisiera mostrar cómo las imágenes que se expresan acerca de la violencia de las pandillas son representaciones que sirven para ilegitimar el deseo que suscitan en sectores marginalizados los objetos, cosas y mercancías en un mundo globalizado.

El tema del deseo que suscita el consumo de mercancías y la represión que se ejerce sobre ciertos estamentos poblacionales que lo expresan son vías especialmente importantes para abordar el estudio de la globalización en los grupos marginales. Su estudio permite ver el impacto que tienen entre algunos de estos grupos las transformaciones del capitalismo tardío y del neoliberalismo que se expresan a partir de, al menos, dos acontecimientos contradictorios: por un lado, el desmonte del estado de bienestar y de las organizaciones políticas que lo hicieron posible, como los sindicatos y las organizaciones clasistas y por otro, el papel central que juega el

* Antropólogo. Magíster en Antropología Andina. Doctorado en Antropología Social Universidad Rovira I Virgili, Tarragona, España. Instituto de la Ciudad. Profesor Asociado de FLACSO,

consumo como la realización de los individuos en la era postmoderna. En la globalización neoliberal las corporaciones financieras, de bienes y servicios, han impuesto una retórica en la que el mercado y la satisfacción del deseo individual se convierten en un *ethos* dominante. Amparadas en una ideología en la que se valida el éxito como la imposición del más fuerte en una supuesta libre competencia, en el neoliberalismo las grandes corporaciones dominantes han diseñado un sistema en el que las opciones de vida de muchos de los jóvenes marginados se reducen a la ilegalidad o a la prisión.

Las descripciones de las pandillas en el Gran Torino y en la Virgen de los Sicarios revelan cómo la clasificación de deseos legítimos e ilegítimos se profundiza en el capitalismo tardío y muestra la eficacia del uso político del crimen como una de las incertidumbres más grandes por las que atraviesan las sociedades contemporáneas.

El héroe, los Hmong y el objeto del deseo

El año 2008, Clint Eastwood estrenó lo que muchos han especulado será la última película que protagonice como actor. En el gran Torino, Walt Kowalski, un veterano de guerra, racista y gruñón, vive en una localidad que, aunque imprecisa, muchos ubican en el Detroit post-industrial. En esa ciudad que había sido cuna del emporio automotriz norteamericano, se dieron los primeros experimentos neoliberales que condujeron a su desmantelamiento y en la película la ciudad aparece asediada de bandas de negros, latinos y asiáticos, principalmente de la etnia Hmong.

Como ritual de iniciación, un grupo de jóvenes Hmong fuerzan al joven Thao a entrar a su pandilla y a robar un automóvil Gran Torino, propiedad de Walt Kowalski. El auto es el objeto del deseo y aparece como un icono nostálgico de la gran producción automovilística de la Ford, y fue muy popular entre 1968 y 1976. Afirmando la vieja tradición norteamericana del derecho a la defensa de la propiedad por parte de individuos armados, Kowalski evita el robo de su auto por parte de Thao en una noche en la que, sin embargo, no pudo ver al ladrón. En un momento en el que los pandilleros intentan llevarse por la fuerza a Thao, estos son detenidos

por Walt. En señal de agradecimiento y como muestra de confianza, la familia de Thao cuenta a Kowalski sobre la grave falta que el joven había cometido en su contra. Enterado, Kowalski decide redimirse a sí mismo mediante una tutoría al joven Hmong y protegiéndolo a él y a su familia de las bandas que asolaban al vecindario. La misión redentora de Kowalski se cumple a medias ya que muere a mano de los pandilleros. En su testamento, para gran sorpresa de la audiencia, no dejó el Gran Torino a su nieta, sino a Thao, quien logró así una entrada tutorizada a la comunidad norteamericana.

En la película de Eastwood, las pandillas son un pretexto para la propia redención del protagonista y están allí porque permiten retratar un cuadro en el que las bandas de jóvenes asiáticos, negros y latinos han roto el sueño americano. Por la importancia que la película adjudica al derecho a la autodefensa de la propiedad privada, basado en la enmienda de 1851, la muerte de Kowalski podría mostrar el fracaso de la acción justiciera de los individuos sobre los nuevos bárbaros. A tono con las imágenes conservadoras de Samuel Huntington y el choque de las civilizaciones, esa muerte parecería señalar la posibilidad de una toma definitiva de los Estados Unidos por las bandas bárbaras del tercer mundo. Sin embargo, al final los pandilleros son apresados por una policía multiétnica que encarna la entrada legítima de los nuevos contingentes migratorios.

Muchos comentaristas han descrito el Gran Torino como una muestra celebratoria de la multiculturalidad en los Estados Unidos y como la primera representación de los Hmong en el contexto norteamericano. Sin embargo, una reciente lectura crítica propuesta por Louisa Schein y Va-Megn Thoj (2010) introduce una discusión sobre los complejos derroteros de la inserción de los Hmong a la sociedad norteamericana al tiempo que formula una crítica mordaz a las imágenes estereotipadas que el film tiene sobre ese grupo. En rigor, la presencia de los Hmong en los Estados Unidos, es una de las consecuencias de las acciones coloniales de la gran potencia en el continente asiático, específicamente de la guerra del Vietnam.

Los Hmong son un grupo étnico originario de China, que logró irradiarse en distintos países como Laos y Camboya. En los años sesenta, en pleno conflicto de la guerra del Vietnam y previendo una avanzada de las

fuerzas comunistas, los Estados Unidos llevaron a Cabo en Laos lo que se conoció como la guerra secreta, que consistió en la creación de grupos de apoyo conformados por pobladores de los países vecinos. Varios de los Hmong de Laos fueron reclutados por el ejército norteamericano como fuerzas de choque contra el avance de los comunistas y una vez que éstos triunfaron iniciaron una persecución a los Hmong quienes, a su vez, fueron abandonados por sus antiguos aliados norteamericanos. Esto hizo que muchos de los Hmong de Laos empezaran una diáspora que les llevó hasta campos de refugiados en Tailandia y eventualmente algunos viajaron hacia Norteamérica, a disturbar la casa de Kowalski.

Louisa Schein y Va-Megn Thoj (2010) realizan una serie de críticas a El Gran Torino y especialmente al hecho de que los Hmong sean descritos como guerreros anticomunistas ya que esto invisibiliza a quienes no participaron de la guerra y van y vienen entre Laos y otros sitios del mundo sin ningún problema. Sin embargo, entre las críticas quisiera enfocarme en una: la forma cómo son descritos los hombres ya que ésta es una muestra de la imagen estereotipada de la película sobre la inserción de los Hmong a la sociedad norteamericana y una muestra de la ilegitimidad del deseo de los ‘nuevos arribados’.

En un principio Kowalski asume la función del padre ausente en la familia de Thao, mientras éste es una figura ambigua, dominado por las bandas, por su hermana y por su familia. Los otros personajes masculinos son representados por ancianos que no tienen ningún vínculo con la sociedad norteamericana o por los jóvenes de las bandas que reafirman la imagen de los Hmong como guerreros impiadosos, que fue la que sirvió para su reclutamiento por los norteamericanos en la guerra secreta.

La ausencia de figuras masculinas adultas y asimiladas al medio norteamericano y el intento de robo del gran Torino por parte de las pandillas subrayan el carácter ilegítimo del deseo de jóvenes que viven al margen de la nación y de la legalidad. De otro lado, el paso de la tutoría sobre Thao de la madre y la hermana a Kowalski, establecen la premisa de la infinidad para lograr la integración social. Estas tutorías también establecen una línea divisoria entre buenos y malos asiáticos con un claro carácter de género. De acuerdo con Schein y Va-Megn Thoj (2010), la diferencia entre una banda indócil, violenta y sin vinculaciones con el trabajo legí-

timo y la figura dócil y sumisa de Thao muestra la construcción de la masculinidad a través de la asimilación cultural.

En una controversial escena, Sue, la hermana de Thao, asevera que en el contexto en que viven, las mujeres van a la escuela y los hombres van a la prisión. Este parece ser el fin de quienes permanecen al margen de la asimilación cultural, como sucede con los jóvenes pandilleros envueltos en los ciclos de violencia. Intentando satisfacer sus deseos por vías ilegítimas, el fin de la banda naturaliza el destino al que están condenados miles de jóvenes en una sociedad como los Estados Unidos donde, a la vez, que se promueve el máximo culto a la mercancía y al consumo, simultáneamente se generan las condiciones en las que la marginalidad es el único destino de vastos estamentos poblacionales.

En ciudades como Detroit impactó de modo especialmente fuerte la desregulación y aumentaron dramáticamente las tasas de desempleo como resultado del desmonte de la industria automotriz.

En Nueva York, en plena crisis de la desregulación de los ochenta y noventa, los grupos inmigrantes fueron golpeados por el racismo y la epidemia de crack que dejó a muchos jóvenes muertos, encarcelados y sin hogar y la actividad criminal devino en una de las pocas opciones de integración al sistema mientras la presencia de jóvenes de las minorías más golpeadas en esas bandas criminales hizo que se criminalizaran a comunidades enteras (Harvey, 1998: 47). En el Gran Torino, al obviarse las condiciones que suscitaban el apareamiento de bandas Hmong en la sociedad norteamericana, los jóvenes aparecen como los responsables de la descomposición social heredada de la presencia colonial y la desregulación neoliberal. También se justifican las únicas opciones de una integración tutorializada o la acción represiva contra quienes son colocados al margen.

La virgen de los sicarios, la globalización y la circulación de los deseos en el Medellín Postmoderno.

En 1994, el escritor Fernando Vallejo publicó la novela *La Virgen de los Sicarios* con el sello Alfaguara. La novela devendría en un éxito internacional y abriría una ruta de exploración del sicariato y el pandillaje en la

narrativa colombiana. Algo parecido sucedió con la versión cinematográfica que hizo Barbet Schroeder el año 2000, ya que la novela y la película darían paso a una serie de best sellers como *Rosario Tijeras*, *Delirio y Satanás* que evocando el “realismo sucio”, se asentaron en un mercado anhelante de consumir los males del país (Herrero Olazola, 2007).

Quisiera mostrar cómo la novela convierte la dramática inserción de un importante sector de la población juvenil de los barrios pobres de Medellín al sistema mundo globalizado y neoliberal en la exploración narcisista de un gramático nostálgico, misógino y fascista.

Como ya se dijo, la globalización postmoderna profundizó la mercantilización del mundo. A partir de los años setenta, el postfordismo hizo que la austeridad disciplinar del capitalismo modernista se sustituyera por una apología del consumo y los antiguos patronos disciplinares fueran sustituidos por una frenética adoración de objetos cada vez más perecibles (Harvey, 1998; Sarlo, 1994; Jameson, 1991). Sin embargo, las consecuencias de la globalización postmoderna se ajustaron a las condiciones específicas de cada país y de cada ciudad. En el caso de Medellín, escenario de la novela de Fernando Vallejo, como condensación de un proceso que cubrió una importante parte del siglo XX la desregulación, la descentralización y la privatización se expresaron especialmente en el narcotráfico, el paramilitarismo y el sicariato.

De acuerdo con Roldán (2003), hasta 1965 Medellín había sido el sitio más importante de producción textil y fue además un espacio de recepción de muchos de los miles de desplazados y refugiados que irrigan el territorio nacional a causa de la violencia gaitanista. De otro lado, entre 1965 y mediados de los 70s se produjeron una serie de crisis que afectaron a los dos grandes rubros en los que se basaba la economía regional y de la ciudad: la crisis textil y la crisis cafetera. Estas dos crisis quebraron un sistema paternalista que había caracterizado las relaciones interclasis en la región y en la ciudad y unas altas tasas de desempleo empujaron a muchos a vincularse a la producción de mariguana y cocaína, a través de un proceso creciente que va desde los años 70 hasta ahora (Roldán, 2003: 131). En la década que va entre 1983 y 1993, año en que fue publicada la novela de Vallejo, se vivió más radicalmente la ruptura del modelo pactista que había definido las relaciones paternalistas entre los esta-

mentos sociales; mientras, los sectores subalternos, relativamente ajenos a crear modelos de organización políticas de corte clasista, entraron masivamente a las redes del narcotráfico.

De otro lado, las relaciones entre narcotráfico y pandillas en Colombia han tenido un claro vínculo político. Ya desde 1965 un decreto de Estado permitía crear organizaciones de autodefensa en la lucha contra la subversión, bajo el amparo de la guerra fría (<http://es.scribd.com/doc/46067214/Sindicalismo-y-Terrorismo-de-Estado-en-Colombia-2010>). Estos decretos se actualizarían en la década de los noventa, cuando se permitió la creación de Cooperativas de defensa denominadas *convivir*. Estos decretos oficiales confluyeron con la vieja práctica de solución violenta de los conflictos políticos y con el sicariato y el paramilitarismo creado por latifundistas de viejo cuño y por los nuevos sectores económicos vinculados al narcotráfico. A partir de estos fenómenos, se produjo desde los años ochenta un violento proceso de concentración de tierras y el desplazamiento de sectores campesinos cuyas tierras fueron utilizadas para el narcotráfico y para otras actividades económicas, como forma de lavado de activos.

Este es el contexto que inspira la novela de Vallejo, quien propone en su texto una inserción a una globalidad post-humanista, a partir de dos elementos que quiero subrayar: una descripción esencialista de la violencia entre los jóvenes sicarios de Medellín a través del uso de premisas raciales y misóginas y una construcción del deseo del narrador/autor por encima del deseo banal de los sicarios que integran las bandas de Medellín.

Raza y desorden en Medellín

El 18 de septiembre del 2000, durante el IX Festival Internacional de Arte, realizado en Cali, Colombia, Fernando Vallejo ofreció una charla en la que sintetizó los postulados sobre los que diagnostica la situación colombiana y las ideas sobre las que se fundamenta la propuesta de sus obras. Sus postulados, entre otros, pueden resumirse así: la creencia de que la situación colombiana y especialmente la situación de Medellín era

mejor en el pasado¹. El anticomunismo y el anticatolicismo². La teoría demográfica de que la principal razón por la que en Colombia existen tasas tan altas de homicidio es por la cantidad de gente. Una especial focalización de su teoría en los pobres y los feos³ y que en el caso de la novela se extiende con especial predilección hacia las mujeres pobres embarazadas. A esto le suma una teoría biologicista en la que une la lucha demográfica con la involución del mestizaje y una sistemática campaña contra toda forma de institucionalización en Colombia, especialmente contra ciertas conquistas civiles que se lograron introducir en la Constitución de 1991, como las figuras del procurador de Derechos Humanos y la Fiscalía.

Desde este cuadro Vallejo inscribe un relato testimonial de su niñez, como acción ejemplarizante desde la que justifica su posición política. Así, cuenta Vallejo que

- 1 Dice Vallejo al principio de la conferencia: “El que sí existe es el infierno y estamos en él, aquí en Colombia, un infierno cada día más caliente. Y sin embargo, esto no siempre fue así; yo recuerdo a Medellín en mi niñez fresquecito. Mataban a uno que otro, claro, eso es normal, muy humano, pero con moderación. Nada que ver con este baño de sangre que nos está salpicando hoy a todos la ropa...” (Vallejo, 2002: 15).
- 2 “Cuando estuve en Cuba la primera vez lo que más me llamó la atención, aparte de la prostitución y el hambre, fue lo bien entrenados que tenía el partido comunista a los jóvenes en propaganda y dialéctica, en el arte de polemizar para defender a como diera lugar, reconociendo a veces errores, y a veces mintiendo con la verdad, al déspota que les había convertido la isla en cárcel y la vida en miseria. Entonces me acordé mucho de los salesianos de mi niñez. Su cerrazón tenía un eco en la cerrazón de los comunistas cubanos: las sombras resonaban en las sombras. Y me lo explico porque el catolicismo y el comunismo son «ismos», fanatismos”. (Vallejo, n.m.d)
- 3 “Nadie tiene derecho a reproducirse, y el pobre y el feo menos porque los pobres y los feos multiplican la fealdad y la pobreza, según la ley del horror exponencial que yo descubrí y que dice: Nunca ha habido tantos pobres ni tantos feos sobre esta tierra como hoy. Mañana habrá más. Saltaptrases y pobres de Colombia: Mírense en el espejo antes de copular a ver si están tan bonitos como para que se pierda mucho si se les pierde el molde. Claro, como no pagan agua ni luz ni predial ni nada porque son estrato cero... Aquí los ricos son los que pagan, y rico aquí es el que tiene una casa. Pues alégrense, damnificados y envidiosos de Colombia, porque entre las pescas milagrosas del ELN, del Ministro de Hacienda y de las Farc, ya tenemos aquí a los ricos pensándolo dos veces antes de vaciar el inodoro, porque con lo que les cobramos de agua, luz, predial, valorización y toda clase de impuestos y secuestro, en cada vaciada se les va un tesoro. En cambio nosotros los pobres... Como no pagamos agua, vaciamos cuantas veces se nos dé la gana el inodoro; como no pagamos luz, dejamos prendidos toda la noche todos los focos de la casa; como no pagamos Universidad, la cerramos; y como el Papa y todo el mundo nos bendice, tenemos todos los hijos que nos plazca. ¡Ricos miserables, avaros! Con razón Lenin los llamó sanguijuelas.” (Vallejo, n.m.d)

Tuvo mi papá en mi niñez una finca en el municipio de San Carlos, departamento de Antioquia, que atravesaba un río hermoso, torrentoso... Un río conservador, del gran partido conservador que era el nuestro... Cuando mi papá fue a conocer la finca a ver si le gustaba para comprarla, el viejo dueño lo llevó cabalgando por potreros y potreros hasta un altico, desde donde se la mostró: «Todo lo que ve, doctor, en la extensión que abarquen sus ojos, es la finca. Va más allá de esa colina, y de ésa, y de ésa». Y se le iban a mi papá los ojos subiendo, bajando colinas, acariciando colinas suavécitas como lomos de gato. Y el mayordomo, Pacho Marín, que iba en el trato, aprobando todo lo que decía el patrón: «Sí, doctor. Hasta más allá de donde usted alcance a ver va la finca». «Y ese pasto de que están sembradas las colinas, ¿qué es?», preguntó mi papá. «La maciega –contestó el dueño–. Buenísima para el ganado, les encanta»...

[...] Le hizo casita nueva al mayordomo, a Pacho Marín, con más cuartos que la de nosotros porque Pacho Marín tenía más hijos que mi papá, y todavía estaba en plena furia reproductora. Paría y paría su mujer, y parían y parían las vacas. Sólo que los hijos de Pacho Marín se veían, y crecían, mientras que las terneritas no. «¿La ternerita esa pintada, la bonita, dónde está?», preguntaba mi papá el sábado, en que íbamos a la finca a pasarle revista al sueño. «Se la tragó la boa que sale por la vega del río». «¿Y el toro Fausto, qué se hizo que no lo veo?» «Se lo llevó el río». Y así. Un desastre. Por otra parte Pacho Marín era tan pobre y con tantos hijos y su necesidad tanta, que lo que producía la finca no les alcanzaba. Todo era para ellos los pobres y para nosotros los ricos nada. Los plátanos se los comían, las yucas se las comían, los marranos que engordábamos con los sobrados que traíamos de Medellín se los comían, los huevos que ponían las gallinas se los comían y las gallinas que ponían los huevos se las comían. La panela que producíamos en el trapiche de ACPM se la comían, y el ACPM se lo robaban e iban a venderlo al pueblo a la tienda de otro Marín, un primo, adonde después teníamos que ir a comprarlo. En San Carlos había Marines y Marines y Marines que ni el ejército de los Estados Unidos... (Vallejo, s.m.d.)

Aquí como en la novela la principal atribución del caos del Medellín globalizado se atribuye a la reproducción de los pobres. Esta misma retórica sirve para que el narrador/autor valide lo que aparece como uno de los elementos inconocásticos más fuertes de la narrativa de Vallejo, como es

su explícita homosexualidad. En una declaración Vallejo sostiene: “Es que yo estudie con los curitas salesianos del colegio de Sufragio. Con ellos aprendí que la relación carnal con la mujer es el pecado de la bestialidad que es cuando se cruza un miembro de una especie con otro de otra, como por ejemplo un burro con una vaca” (Vallejo; 2002, 21).

Para autores como Fernández L’Hoeste (2000) esta cita sirve no solo para ventilar la homosexualidad encubierta sino también para denunciar el dictamen desigual ratificado por la Iglesia, según el cual la mujer queda relegada a un papel de segundo nivel y serviría también para consolidar su crítica a la iglesia. Sin embargo, no hay un tono paródico en el planteamiento de Vallejo. Su afirmación pertenece a la serie de argumentos que utiliza a lo largo de toda su obra respecto a las mujeres pobres que, en este caso, las lleva a la categoría de inhumanidad como explicación sublime de su elección homosexual. De otro lado, como lo señala Gabriela Polit (2006), el anticlericalismo de Vallejo se encuentra atenuado en toda su obra por sus simpatías con la virgen como se refleja en el mismo título de su obra.

En la Virgen de los Sicarios existe una tensión entre elementos iconoclastas y una construcción autoral que refuerza los elementos más excluyentes de la cultura política en Colombia y coloca al narrador por encima del deseo banal de los jóvenes sicarios que lo acompañan en su vuelta y recorridos por la ciudad de Medellín. Entre los elementos iconoclastas encontramos una reivindicación estética del adolescente angelical asesino, la inmersión heroica del autor en el submundo subalterno, una reivindicación del habla de los jóvenes sicarios mientras que entre las matrices profundamente conservadoras encontramos el racismo, la misoginia, el clasismo y el anticomunismo. En medio de estas tensiones el narrador se coloca por encima de lo prosaico y construye una distancia con el deseo banal de los jóvenes sicarios. Estas ambigüedades de la obra terminan reivindicando el distanciamiento del autor-protagonista, quien es un gramático que ha vuelto a Medellín a morir y se encuentra con el caos generalizado en una ciudad que entró a la globalización desempeñando el poco virtuoso papel de ser el escenario de disputas del más grande cartel del narcotráfico en el siglo XX.

Recordemos que el escenario descrito por Vallejo es el de un Medellín en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Pablo Escobar

Gaviria. Una coyuntura especialmente delicada en la que jóvenes vinculados a las actividades paramilitares del capo de la droga quedaron sin ocupación. En estas circunstancias, la presencia del gramático, sus gustos y tendencias, se caracterizan por el doble juego de una distancia estructural con el medio y una total complicidad con sus protagonistas. Uno de los recursos que permite establecer la distancia se marca a partir del desapego que el autor muestra por las cosas materiales, lo que puede leerse como una crítica aristocratizante al deseo de la mercancía que el narcotráfico ayuda a generalizar en todos los estamentos de Medellín, mientras los angelicales coprotagonistas de la obra ofrendan sus vidas por cosas tan nimias como *unos tenis marca Reebok y unos jeans Paco Rabanne. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Calvin Klein. Una moto Honda, un Jeep Mazda, un equipo de sonido láser y una nevera para la mamá.*

Esta lista de objetos fue lo que le escribió su segundo amante en la novela cuando el autor y protagonista Fernando le preguntó qué quería de la vida. Esta lista prosaica el autor la contrasta radicalmente con la respuesta que él mismo colocó en la servilleta: “Iba a escribir nada pero se me fue escribiendo su nombre...”. En este caso, la distancia moral que el gramático establece con los portadores del deseo ilegítimo es obvia. Además, esta distancia es la misma que marca el diseño del escenario físico de la obra: Vallejo describe su casa como un templo desocupado, sin cosas, en contraste con la bulla y la avidez del exterior. Este escenario es el que violentamente se pone en cuestión cada vez que sus atónitos amantes le piden que consiga un televisor o un equipo de sonido.

La distancia entre el protagonista y los jóvenes es una distancia moral y se afianza cada vez que les compra lo que le piden sin poner ningún reparo ni mostrar ninguna afectación. El protagonista, que llega al Medellín globalizado como si viajara desde el tiempo de dominio de la ciudad letrada (Rama, 1998) cuando la gramática era la una de las profesiones predilectas de las elites, se proyecta incólume al presente para constatar la decadencia que se produce por la circulación masiva de la mercancía que acompaña al narcotráfico. Pero lo único que parece paliar la distancia del gramático es la complicidad que los jóvenes sicarios tienen con él a la hora de satisfacer su deseo estético de amor y muerte. En esta descripción se opone la profundidad de las demandas del protago-

nista y la superficialidad de los requerimientos de los jóvenes. Sin embargo, en esa oposición aparece una economía moral que va más allá del campo de la ficción ya que muestra el uso de las figuras paramilitares por parte de las clases dominantes. Aprovechando su deseo por las mercancías, los jóvenes son contratados como fuerza de choque por sectores de las elites que en rigor buscan restringir la circulación de las mercancías. Además, la distancia de los gustos del protagonista y la de los jóvenes evita el apareamiento de la ética ya que para el protagonista las actividades criminales de los jóvenes son la contraparte del comercio. Mientras él les da obsequios de mercancías, los sicarios le compensan con la ofrenda tanática de sus cuerpos.

Bibliografía

- Harvey, David (1998). *La condición de la postmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Haritik. Sindicalismo y terrorismo de Estado en Colombia. (2010). "Sindicalismo terrorismo de estado en Colombia". En <http://es.scribd.com/doc/46067214/Sindicalismo-y-Terrorismo-de-Estado-en-Colombia-2010>
- Fernández L'Hoeste, Héctor (2000). *La Virgen de los Sicarios o las visiones dantescas de Fernando Vallejo*. *Hispania* Vol. 83, N.º 4 pp. 757-767
- Herrero-Olaizola, Alejandro (2007). "Se vende Colombia, un país de delirio: el mercado literario global y la narrativa colombiana reciente". Symposium – Syracuse Then Washington. *Literature Resource Center*. University of Michigan.
- Jameson, Fredric (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- Pólit Dueñas, Gabriela (2006). "Sicarios, delirantes y los efectos del narcotráfico en la literatura colombiana". *Hispanic Review* Vol. 74, N.º 2 (Spring), pp. 119-142.
- Roldán, Mary (2003). *A sangre y fuego. La violencia en Colombia 1946-1953*. Bogotá: ICANH/Fundación para la promoción de la ciencia y la tecnología.

- Sarlo Beatriz (1994). *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Schein Louisa y Va-Megn Thoj (2010). "Gran Torino's Boys and Men with Guns: Hmong Perspectives". *Hmong Studies Journal*: 10-1-52.
- Vallejo, Fernando (2002). *La virgen de los sicarios*. Buenos Aires: Alfaguara, Aguilar.
- (2011). "Los difíciles caminos de la esperanza". *Revista Número 24*. [Versión electrónica en: www.revistanumero.com/24/dificiles.htm].